

ENRIQUE EL ATORMENTADO Una leyenda medieval

7º-8º

Hace mucho, mucho tiempo, en la región de Suabia, al sur de Alemania, vivía un joven caballero llamado Enrique —o Henry, como le llamaban en su tierra—. No era un caballero cualquiera. Era un señor de alto linaje, dueño de extensas tierras, castillos imponentes y riquezas incontables. Poseía todo lo que un hombre de su tiempo podía desear: salud, juventud, poder y fama.

Pero lo que le hacía realmente grande no era su fortuna, sino su corazón. Enrique encarnaba todas las virtudes que un caballero podía tener. Era valiente en la batalla, generoso con los pobres, fiel a su palabra y cortés con todos. Su nombre era pronunciado con respeto en las cortes de toda Europa. Trovadores cantaban sus hazañas y los más sabios consejeros buscaban su opinión. Era, en resumen, un hombre admirado y querido por todos.

Su vida era un reflejo de la perfección terrenal. Pero, como suele ocurrir cuando un hombre se siente demasiado satisfecho de sí mismo, el orgullo comenzó a echar raíces en lo más profundo de su alma. Quizás, sin saberlo, Enrique había olvidado que todo lo que poseía era un don. Se sentía poderoso, dueño de su destino, y su mirada se había desviado de Aquel que es la fuente de todo bien.

Fue entonces, en la cima de su gloria, cuando la prueba llegó.

El azote de la enfermedad

Un día, Enrique notó en su piel unas manchas extrañas, blancas y pálidas, como si la nieve hubiera decidido posarse sobre su cuerpo. Al principio no les dio importancia. Pero las manchas no desaparecían. Al contrario, se extendían, y con ellas llegaba un entumecimiento, una sensación de adormecimiento que le robaba la sensibilidad. Los dedos de sus manos comenzaron a torcerse, su piel se volvió áspera y escamosa, como la corteza de un árbol viejo.

Los médicos de su castillo, asustados, negaron con la cabeza. Uno de ellos, el más anciano y sabio, se acercó a él con el rostro pálido y le susurró:

—Señor, temo que la lepra ha llegado a vuestro cuerpo.

La palabra resonó en la estancia como un trueno. Lepra. La enfermedad más temida de la Edad Media. Quien la padecía era considerado impuro, maldito, un alma que Dios había marcado con su desgracia.

—¿No hay cura? —preguntó Enrique, con la voz quebrada.

—No la conocemos —respondió el médico—. La lepra es un castigo divino. Solo Dios puede sanarla.

Enrique sintió que el suelo se abría bajo sus pies. Pero no se rindió. Con la determinación que siempre le había caracterizado, decidió buscar ayuda en los lugares más lejanos. Empezó un

viaje que lo llevó primero a la ciudad de Montpellier, donde vivían los doctores más famosos del reino. Cabalgó durante días y días, atravesando bosques y montañas, sin detenerse a descansar.

En Montpellier, los médicos lo examinaron con atención. Algunos intentaron purgas, otros sanguijuelas, otros ungüentos de hierbas y minerales. Pero todo fue en vano. Los médicos negaban con la cabeza y le decían:

*—Señor, vuestra enfermedad es demasiado profunda.
No hay remedio en la tierra que pueda curaros.*

Desesperado, Enrique siguió viajando. Alguien le habló de la famosa escuela de medicina de Salerno, en el sur de Italia, donde los doctores habían heredado los secretos de los antiguos griegos y árabes. Allí, quizás, encontraría la respuesta que tanto ansiaba.

El sabio de Salerno

El viaje a Salerno fue largo y penoso. Enrique, cuyo cuerpo se debilitaba día a día, tuvo que ser ayudado a subir y bajar de su caballo. La gente que lo veía pasar se apartaba, persignándose, y susurraba: "Un leproso, un leproso". Algunos le tiraban piedras para ahuyentarlo. Enrique, que antes había sido aclamado por multitudes, ahora era un proscrito, un hombre al que todos temían y despreciaban.

Llegó finalmente a la ciudad de Salerno, famosa por su escuela de medicina. Allí, en una gran sala llena de libros y frascos de vidrio, lo recibió un anciano de barba cana y ojos profundos, el doctor más sabio de la región. El anciano examinó a Enrique con atención. Le palpó las venas, observó sus manchas, tocó su piel, y luego permaneció en silencio durante un largo rato.

Enrique, temblando de miedo y esperanza, preguntó:

—¿Hay cura para mi mal?

El anciano lo miró con compasión y respondió:

—Hay una cura, pero es tan terrible que dudo que alguien pueda aceptarla. La lepra, señor, no es solo una enfermedad del cuerpo. Es también una enfermedad del alma. Para que sanes, necesitas la sangre del corazón de una doncella pura, que ofrezca su vida por ti de forma completamente voluntaria. Si encuentras a alguien que esté dispuesto a morir por ti, serás curado.

Enrique sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor. *¿Quién iba a sacrificar su vida por un leproso desterrado? ¿Quién iba a dar su sangre por él?*

—Eso es imposible —susurró—. Nadie querría morir por mí.

El anciano se encogió de hombros.

—Entonces, señor, no hay esperanza. La muerte os espera.

Enrique salió de la sala de Salerno con el alma destrozada. Había viajado tan lejos, había soportado tanto dolor, y todo había sido en vano.

El retiro a la granja

Ya sin fuerzas ni esperanza, Enrique decidió apartarse del mundo. Repartió sus riquezas entre los pobres, quedándose solo con lo necesario para sobrevivir. Y se retiró a una de sus granjas más humildes, en medio del campo, donde nadie lo conociera. Allí, en una pequeña cabaña, viviría sus últimos días, lejos de las miradas y los susurros.

Pero, para su sorpresa, la gente de la granja no lo rechazó. En aquella aldea vivía un campesino con su esposa y una hija de doce años. La muchacha, al contrario que todos los demás, no sintió miedo ni asco por el señor Enrique. Se acercó a él con una ternura y una inocencia que conmovieron su corazón.

—Señor —le dijo un día—, no tengáis miedo. Yo no os temo. Dios os ha enviado a nosotros para que aprendamos a amar sin condiciones.

Enrique, que había perdido toda esperanza, encontró en aquellos ojos limpios y sinceros un consuelo que no había buscado. Pronto, la niña y el caballero se convirtieron en inseparables compañeros. Él, en su soledad, llegó a llamarla cariñosamente su "novia" —*gemahel*, en el lenguaje de los viejos poetas—, porque ella era la única luz en medio de su oscuridad.

Pasaron tres años. Enrique, aunque su cuerpo seguía consumiéndose, experimentaba una paz que no había conocido antes. La niña, por su parte, había crecido y se había convertido en una joven de quince años, llena de gracia y sabiduría. Su fe era tan profunda que parecía haber nacido para iluminar el corazón de los demás.

El descubrimiento del secreto

Un día, la joven, que había ido a la ciudad a comprar provisiones, escuchó una conversación entre dos mercaderes. Hablaban de un caballero leproso que vivía en una granja cercana. Y uno de ellos, en voz baja, mencionó la cura de Salerno: la sangre de una doncella pura.

La joven regresó a casa con el corazón latándole con fuerza. Durante días, reflexionó sobre lo que había oído. No sintió miedo. Al contrario, sintió que aquella era su misión, la forma en que podía alcanzar la vida eterna junto a Dios.

Una noche, cuando todos dormían, la joven se levantó, se arrodilló ante el crucifijo que colgaba en la pared de su cuarto y oró con todas sus fuerzas:

—Señor, tú que entregaste tu vida por nosotros, concédeme la gracia de entregar la mía por este hombre que tanto amo. Hazme digna de este sacrificio.

Lleno de una paz sobrenatural, fue a hablar con sus Padres. Ellos, al principio, se horrorizaron. Su madre rompió a llorar y su padre, con el rostro desencajado, gritó:

—¡No! ¡No permitiré que mi hija muera!

Pero la joven, con una elocuencia que parecía inspirada por el Espíritu Santo, les dijo:

—Padre, madre, no lloréis. No estoy muriendo, estoy naciendo a la vida eterna. Si no lo hago, Enrique morirá. Y yo viviré con el peso de no haberle ayudado. Dios me ha elegido para este momento. No me neguéis esta oportunidad de salvar su vida y la mía propia.

Finalmente, vencidos por la fe y el amor de su hija, los Padres aceptaron. Con el corazón desgarrado, acompañaron a su hija hasta la cabaña de Enrique.

La ofrenda

Enrique, al verlos entrar a aquella hora de la noche, se sobresaltó. La joven se arrodilló ante él y, con una voz que temblaba solo un poco, le dijo:

—Señor, he sabido lo que el médico de Salerno os dijo. He sabido que para curaros se necesita la sangre del corazón de una doncella pura que ofrezca su vida voluntariamente. Yo he decidido ser esa doncella.

Enrique, que había olvidado aquella conversación, sintió que el mundo se detenía. Saltó de su asiento, con el rostro desencajado por el horror.

—¡No! —gritó— ¡Jamás permitiré que hagas eso! Eres una niña, una inocente. ¿Cómo podrías dar tu vida por un hombre maldito como yo?

La joven, con una serenidad que trascendía su edad, respondió:

—Señor, Dios os ha puesto a prueba. Yo he sido elegida para ser el instrumento de vuestra curación. No me neguéis esta oportunidad. Si muero, iré al cielo. Si vivo, viviré sabiendo que os he salvado. En ambos casos, mi corazón estará en paz.

Enrique, con el alma destrozada, intentó disuadirla. Le habló del miedo, de la muerte, de lo injusto que sería sacrificar una vida tan joven. Pero la joven, con una convicción inquebrantable, le recordó:

—Señor, el amor no conoce la injusticia. El amor da sin esperar nada a cambio. Yo os amo, no por lo que tenéis, sino por lo que sois. Dejadme hacer esto por vos.

Finalmente, Enrique, vencido por la fe y la determinación de la muchacha, accedió. Pero en lo más profundo de su corazón, una pregunta comenzó a hacerse cada vez más fuerte: "¿Soy realmente digno de que alguien muera por mí?"

El viaje a Salerno

Juntos, Enrique y la joven emprendieron el viaje de regreso a Salerno. Fue un viaje extraño. La joven, a pesar de la gravedad de su misión, iba cantando y sonriendo, como si fuera de excursión. Enrique, en cambio, cabalgaba en silencio, con el corazón encogido. Cuanto más se acercaban a su destino, más le pesaba la conciencia.

Llegaron a Salerno en un atardecer dorado. El anciano médico los recibió con sorpresa. Cuando la joven le explicó que estaba dispuesta a dar su vida por Enrique, el doctor la observó con admiración y, sin decir una palabra, preparó la sala para la operación.

Ató a la muchacha sobre la fría mesa de piedra. Desnuda, parecía una imagen de la pureza misma. Sus Padres, que los habían acompañado, esperaban fuera, rezando. Enrique, desde la habitación contigua, podía verla a través de una rendija en la puerta. Su corazón latía con una fuerza ensordecedora.

El doctor alzó el cuchillo. La hoja brilló bajo la luz de las velas.

La conversión

En ese instante, Enrique miró a la niña. Vio su pureza, su juventud, su belleza, y luego miró su propio cuerpo, destruido y deformado por la enfermedad. La magnitud de la injusticia y la monstruosidad del acto que estaba a punto de permitir le golpearon con una fuerza arrolladora. Había sido tan ciego por su propio sufrimiento que no había visto el horror de su plan.

En ese momento, su corazón dio un vuelco. Comprendió que su verdadera enfermedad no era la lepra, sino su propio orgullo, que le había hecho creer que su vida valía más que la de cualquier otra persona. Había sido un soberbio, un hombre que se había creído dueño del mundo y que, al final, había estado dispuesto a comprar su salvación con la vida de una inocente.

*—¡Detente! —gritó, irrumpiendo en la sala—. ¡No permitiré que esta inocente muera por mí!
¡Prefiero vivir con mi lepra toda la vida, o morir con ella, antes que mancharme con esta sangre! ¡No soy digno de su amor! ¡No soy digno de que nadie muera por mí!*

El doctor, sorprendido, bajó el cuchillo. La joven, con lágrimas en los ojos, sonrió.

En ese instante, el orgullo de Enrique se derrumbó. Aceptó su enfermedad como la voluntad de Dios, como un castigo merecido que debía purificar su alma. Y al hacerlo, el milagro que los médicos no pudieron obrar, lo obró la Gracia.

La lepra comenzó a desaparecer de su cuerpo, como si un velo de escamas se desprendiera de su piel. Las manchas blancas se desvanecieron, sus dedos recuperaron su forma, y su piel volvió a ser sana y firme. Estaba curado.

El regreso

De regreso a su hogar, Enrique y la joven se casaron, sin importar la diferencia de su rango. Él, que había sido el "pobre Enrique" por su enfermedad y su pecado, se convirtió en el hombre más rico del mundo, no por su fortuna, sino por haber encontrado el verdadero amor y la humildad.

Su esposa se convirtió en la compañera de su vida, y juntos gobernaron sus tierras con justicia y piedad. Enrique nunca olvidó el momento en que, al borde del abismo, había comprendido que la verdadera grandeza no reside en el poder o la riqueza, sino en la capacidad de dar la vida por los demás, y de reconocer la propia pequeñez ante el amor infinito.

Y así, el caballero que había sido humillado por la enfermedad se convirtió en el más sabio y el más humilde de los hombres, porque había aprendido que solo quien se hace pequeño puede ser verdaderamente grande.